

EL DILEMA DEL CURANDERO DEL LAGO

(CUENTO)

Escalante abajo... canoa de paqui-paqui, con sus ochenta y tantos años a cuestas, Gaudioso Pirela desanda su camino mentalmente. En 1886, cuando tenía un año apenas, llegó a vivir en los palafitos del Lago de Maracaibo, y comenzó a formar de barro andino y colombiano su propio cuerpo y ahora, recio, curtido, con mirada penetrante de víbora y cara de vidrio de automóvil cuarteado, desandaba el camino de su vida, de regreso de la convalecencia de una enfermedad que no sabía a ciencia cierta cuándo se había iniciado; pues quizá aquellos días que había pasado con el médico en Santa Bárbara de Zulía no correspondían más que al resumen de su propia vida, que mentalmente se deshilvanó en segundos, se tejió, se abillantó y hasta cautivó la atención y el interés de las monjas-enfermeras que le inyectaban los sueros dizque para fortificarlo y rejuvenecerlo a él, que nunca había tenido juventud, que siempre había vivido para el trabajo, la pesca y las peleas de gallo. Porque el aguardiente no había sido su fuerte, aunque había compartido con muchos la madrugada y el alba que en Congo era la comunión de Isis con Osirios. Porque él también sabía de mitología y también sabía que en ‘un lugar de la Europa’ había un sitio que se llamaba Congo, y él sabía sin saber exactamente porqué, que a quien se le había ocurrido bautizar Congo a ese pueblo ‘debía saber bastante geografía’. También lo había pensado mucho cuando, ya barrigoncito, vio cómo a la margen izquierdo del lago, siguiendo la desembocadura del Río Bravo y justo al frente de Congo, se levantó el caserío, también de palafitos, llamado Mirador, que llamaron así por ser un sitio estratégico. A él le había contado su abuelo materno Rodulfo en La Cañada mucho acerca de la entrada de los Piratas en el Lago, cuando ya Ceuta y Gibraltar eran fortines que cuidaban celosamente, como

guardianes, la gran cuenca del Lago de Coquivacoa, que no sabía por qué la llamaron después de Maracaibo. Porque Ceuta y Gibraltar fueron primero que Maracaibo y él se acordaba de las murallas de ese antiguo fortín que los negros de Gibraltar, negros brutos, habían encalichado para convertirlas dizque en santuario de San Benito, en cuyo honor bailaban desaforadamente en los tiempos de chimbángueles. Suerte que ellos en Congo sólo tenían como devoción importante la de la Virgen del Carmen, como pescadores y marineros que eran, y en los días de julio celebraban con aguardiente a lo bruto la protección que la Virgen les otorgaba, como abogada barata, porque los otros abogados, esos otros que habían defendido en Maracaibo a José Vicente Montero cuando por problema de faldas tuvo que matar a lo macho a José Trinidad Soto, ni cueros le habían dejado. También recordaba cuando él personalmente, Gaudioso Pirela, había tenido que matar de un tiro de escopeta y por mampuesto a Jesús Ángel Villasmil, después que se cruzaron en agria discusión en la gallera de los cocales de Congo, por los días de la fiestas de la Virgen del Carmen. Todo mundo sabía que lo había matado en defensa propia; porque, después de la trifulca que mantuvieron ese día, ya se había corrido de canoa en canoa y de palafito en palafito que Chúo, todo enardecido y obcecado, lo andaba buscando para matarlo. Al fin y al cabo él no había tenido la culpa de que Venancio, el famoso gallo Venancio, hubiera ganado tantas peleas, veintitrés, contra otros tantos gallos de Concha y de Garcitas y de Encontrados y de Perijá y de La Cañada y hasta de Maracaibo y Boca de Grita y Orope... y que a todos, uno por uno, Venancio los hubiera ido liquidando como lo había hecho al matar de un certero espuelazo al gallo pintado de Boca de Grita, que hasta dopado decían que había jugado. Él, Gaudioso Pirela, no tenía la culpa de que después de que Chúo perdiera la apuesta hubiera quedado arruinado, y que su odio y resentimiento se hubiera volcado sobre él, por ser el dueño de Venancio, que era mucho gallo para el rival que se le

pusiera delante. Cómo lo cuidó él, Gaudioso Pirela, ¡hasta que la muerte se lo llevó por vejez! Todo eso había pasado en los tiempos en que el vapor Venezuela (ahora encallado en las playas de arena de Mirador) hacía sus últimas travesías en el lago cargando corotos desde Maracaibo para el depósito del Gran Ferrocarril de Encontrados, que Roncajolo explotaba como si fuera su feudo particular. Las dos espuelas de Venancio, las más famosas espuelas que gallo alguno hubiera tenido en todo el Zulia, las guardaba él, Gaudioso Pirela, en una cajita de fósforos Libertador; ¡que esos sí eran fósforos y esas sí eran espuelas de gallo! Que gallo también había sido él, Gaudioso Pirela, para todos los altibajos que la vida le había presentado... y si ahora vivía con Teresa, su tercera compañera de vida, los dos solos, en el palafito destartalado de una sola habitación que le servía de durmienda, cocina, inodoro y estudio (por qué no estudio, si él leía y había leído mucho y estudiar no es sólo mirar los libros). Él sabía de cierto que cada vez que él cavilaba sobre las peripecias de su vida, no hacía una tarea menos difícil ni de menor valor hermano que la de los que se decían letrados. Y él conocía muchas cosas que esos letrados no conocían, y se acordaba cuando, muchas veces, sin moverse de Congo habían venido los hacendados ricos conocidos de sus facultades sanadoras, para que les curara la gusanera a los animales de sus haciendas y fundos. Él, Gaudioso Pirela, les pedía a los consultantes que le indicaran el lugar exacto donde estaba el animal con gusanos y que describieran el color que tenía la res... y comenzaba, siguiendo el rito que le había enseñado su tío Domingo Parra en la Cañada, ‘En el nombre de Dios Todopoderoso, vaca lebruna que estáis en el corral de Temístocles y tenéis la gusanera en la oreja izquierda y en la paleta derecha, animales perjuros, yo los conjuro para que se mueran uno a uno, ahogados en su propia sangre’... mientras arrojaba un poco de tierra (que con los ojos asombrados le veía echar el hacendado Rigoberto Peroso, quien se llegó a creer un gran cojón en toda la comarca). Y

continuaba, ‘San Joaquín, mátalos juntamente con el Cirineo’ (y ya entonces Rigoberto regresaba a su hacienda con la certidumbre de que el animal estaba curado). Y mentalmente Gaudioso rememoraba, ‘Y no necesitaban decírmelo a mí, que ya sabía yo que no podía ser de otra manera’. Y así era, porque cuando terminaba de recetar de memoria la oración diciendo, ‘Y creo que se han de morir instantáneamente’, ya estaba puesto el *requiescatimpaz* a los gusanos. Y su mente continuaba rememorando. Y también conocían de sus facultades mágicas todas las mujeres mozas, que Gaudioso Pirela tuvo en su vida, a las que atraía a su presencia cuando ponía una vela sobre un plato y le agregaba un poquito de agua en el fondo mientras la encendía e iba diciendo, como cuando atrajo a María Elisa, que fue su primera compañera de vida, ‘Esta vela que prendo y ofrendo no es la vela que prendo y ofrendo, son los cinco sentidos de María Elisa; el agua que deposito al pie de esta vela es agua que depositaran a los pies de los apóstoles; los cinco granos de sal componen el iris pascual; con fe en esta devoción y esta creencia le pido al ángel de la guarda de María Elisa, a la Santísima Trinidad y a San Marcos de León me la hagan venir mansa y humilde a mi presencia’. Y las vivencias pasadas que en ese momento de reflexión se hacían muy íntimas, continuaban. Usando esa misma oración habían venido a él muchas otras mujeres que pasaron por su vida... Y Gaudioso Pirela continuaba reviviendo mentalmente, ‘Fueron tantas que ya no quiero recordar ninguna porque no se me para, y no vale la pena recordar esas cosas que pertenecen al pasado’. Y es que Gaudioso Pirela no sabía ahora, ya viejo, si la brujería que todos le reconocían había sido más de María Elisa para con él, que de él para con María Elisa... porque de su convivencia con ella habían venido al mundo Remberto, Roberto, Rigoberto, Ruperto, Robertina, Ronilza, Raiza y Roraima, y no habían venido más porque el fibroma en la matriz, o como lo llamara el doctor en Maracaibo, le había hecho perder el último muchacho que era varón porque se

movía del lado derecho, y luego le sacaron la matriz cuando ya María Elisa tenía treinta y ocho años. María Elisa después se puso flaquita en los pellejos como el pabilo de la vela en el plato con los granos de sal que él, Gaudioso Pirela, preparaba para atraer personas a sí mismo o a sus consultantes. Él había logrado, rezando esa oración, que María Elisa, virgen todavía, viniera él y se le entregara suavemente y sin pedirle nada a cambio. Su pensamiento se reavivó rebobinando la cinta de su vida, ‘Y yo era el que había cambiado, porque hasta entonces nunca me había caído una gusanera espiritual de tal naturaleza, hasta que no supe si era verdad lo de mis poderes, porque a pesar de que todo el mundo me decía que yo era un *facurto* y un entendido en todas esas cosas que ahora yo mismo no alcanzo a diferenciar si eran de verdad o de mentira. Porque cuando me llegó Luis Ángel Gotera, rondando ya sus sesenta años y me habló de que ya no se le paraba, y yo le preparé la toma que me había enseñado mi abuelo Domingo Parra empleando una cabeza de ajo, que cogí de la barbacoa de mi casa, y la reuní con un trocito de la cotiza que el mismo Luis Ángel llevaba puesta, y herví todo y lo mezclé con café y se tomó tranquilo el bebedizo’. Y Gaudioso continúa rebobinando, ‘Y Luis Ángel me estuvo dando las gracias por haber mantenido su potencia hasta quince años después que le recé la oración y se tomó el brevaje... Y yo, ¡carajo!, que he preparado esa misma poción doble y hasta triplemente concentrada y la he tomado muchas veces... y aún así la última culiada se la di a Teresa hace diez años, y no he podido volver a repetirla. A Teresa, que tan bien se ha portado conmigo y que me ha acompañado ya por más de veinticinco años... porque yo he debido ser una gran carga para ella, que ni siquiera pudo darme un hijo y que se echó encima buena parte de los ocho muchachos, ahora hombres y mujeres, que me habían quedado después de la muerte de María Elisa, y al bobo que me salió de otra mujer, Juana Seleucia, con quien yo viví un tiempo, y que se envenenó cuando se enteró que yo había matado a Jesús Ángel Villasmil. Ella, Teresa,

venida del centro del país, fue la que me enseñó a enguachar a las mujeres que me venían pidiendo remedio para la frigidez y yo les daba a tomar una infusión del órgano genital del guache tostado y molido, mezclado con el café de la mañana. Pero tampoco de nada me había servido el remedio que ella me había enseñado y que consistía en usar raciones de cebollas que yo comía hasta por kilos para tratar de culiarme a Teresa en estos últimos diez años. Me dijeron que no se me paraba porque ya se había tornado una costumbre mi convivencia con Teresa, y que si buscaba un santo nuevo se haría el milagro... Y aunque con la oración de atraer a las mujeres logré que Francisquita viniera a mí (esa mujer que todavía hoy en día le quita el hipo a muchos hombres)... no pude hacerle nada ni con lo de santo nuevo que era. Esas son las cosas, que los secretos y remedios que uno sabe sirven pa' los demás y no sirven pa' uno. Porque, ahora que vengo del doctor, después de salvarme de esa trancadera de orina que de verga no me mató, y después que me mejoré porque el doctor me metió en la vejiga aquella aguja larga y me vació la orina antes de que se me reventara la barriga (ya que así la sentía en mi vientre al son del motor de paqui-paqui de la chalana que me llevó entonces a Santa Bárbara)... Y el doctor me dijo, no se apure, grandioso, sepa que en mí tiene un amigo... y me miraba como si me penetrara por dentro. Porque ese vergajito de médico, con lo jovencito que parece, y hasta pretencioso que parece, como médico el carajo sabe... porque yo ya había probado con tantos vecinos y pacientes que venían de lejos a consultarme porque tenían trancadera de la orina, y yo les recomendaba que tomaran cocimientos de planta meona y, ¡qué verga!, cuando yo mismo sentí la trancadera de orina me tomé cuatro pocillos de ese bebedizo y lo que hizo fue inflarme más, hasta que yo creía que iba a reventar, y tuve que salir corriendo para Santa Bárbara, hasta que llegué donde ese coñito de médico que me trató en esos días, y después de tratarme con paciencia y dedicación, y después de sincerarme con él, me ha hecho

pensar en tantas cosas. Pero debo confesar que lo único que me desagradó fue que cuando me examinó la próstata, me metió el deo entre el culo y no sé por qué le dio tantas vueltas dentro como si se regodeara haciéndolo... Entonces me salió un chorro de leche blanca por el machete, y luego me puso una sonda que a las medicinas que me administraron y que mantuve casi hasta el día que me vine del hospital de Santa Bárbara, cuando ya estaba destrancado y desinflamado... El doctorcito me dijo que tenía la próstata muy grande y por eso se me trancaba la orina. Después que me mejoré me dijo que podía regresar a Congo Mirador, y me indicó otras medicinas para que no se volviera a inflamarse la próstata... pero me aclaró que me hiciera muchas ilusiones porque más temprano que tarde yo tenía que operarme de esa pelota en un hospital de Maracaibo. Y a esa *molleja* sí le tengo yo miedo, porque esa vaina de tener que dejarse abrir la barriga a la edad que uno tiene, y hasta con esas cataratas en los ojos que me dijo que tengo, y el doctor me insistió que también tenía que operarme, pero después que me sacaran ese tumor de la próstata, porque si me operaba las cataratas primero, el reposo en cama también era malo y podía darme otra trancadera de orina... Y yo no sé que será mejor, si aguantar otra trancadera de orina o someterme a esa operación que dice el doctorcito que tengo que hacerme, o dejarme morir como el buey de Canchancha una noche de éstas, cosa que tampoco me agrada un coño, porque sí es verdad que estoy viejo, pero ahora es cuando yo aguanto vainas y echo vainas. Y esto lo mantengo ahora más todavía, después que vi a Acisclo en el pueblo. A ese amigo de Acisclo lo conocí yo cuando ya él era un hombre *jecho*, y cuando yo me acababa de poner los pantalones largos... y el gran cipote tiene ya noventa y ocho años y le falta una pata, que se la cortaron también por recomendación del vergajo de doctorcito ese, que como hasta familia de él es... ya también el desgraciao de Acisclo se sacó la próstata y las cataratas, y ahora se lo pasa tranquilo sentado con su bastón y su pata de palo en la casa de su hija María a la orilla del

río Escalante... Pues no es tan pendejo cuando después de haberle dicho los médicos que se comprara una silla de ruedas, porque después de cortarle la pierna debajo de la rodilla no volvería a caminar más... y a pesar de que se pusiera la pata de palo, que ahora no es de palo sino de materiales que traen de Estados Unidos, el muy cipote esté caminando bien y mea bien y hasta lee el periódico. Sólo me dijeron que y que Acisclo oye mal, pero yo creo que ese coño no es que no oye sino que se hace el que no oye cuando le conviene; porque lo que es la mente la tiene más clara que la mía, a pesar de que soy dieciséis años menor que él y que siempre he vivido en los Pueblos de Agua, donde la vida es más sana... Yo sé que ese vergatario de Acisclo ha padecido las siete plagas de Egipto, y que toda su vida ha trabajado muy fuerte, porque cuando yo llevaba años pescando, me dijeron que se había ido a Zulia de carpintero, y que hasta ya viejo fue carpintero, y fue de los que puso los durmientes del ferrocarril de Santa Bárbara a El Vigía, cuando la compañía francesa se metió en el asunto; y después siempre estuvo trabajando hasta el día en que se metió un clavo oxidado en el pie derecho y se le formó una llaga que estuvo padeciendo por más de veinticinco años, desde mucho antes de descubrir la penicilina y todas esas medicinas de las que me habló el doctorcito. Y yo reflexiono, ¿para qué el doctorcito me preguntaría tantas vergas, si hasta me sacó las tripas con las preguntas que me hizo?... Pero yo estoy tan agradecido a ese médico que por compensación le revelé todos mis secretos y oracione y curaciones que empleo para curar las picadas de culebra y le hubiera dicho muchas otras cosas más si me las hubiera preguntado, porque yo creo que ese carajito me penetró mentalmente más de lo que yo me imagino... como si él tuviera más brujería de la que yo tenía cuando joven... Pero después de la manera como vi que trabajaba ese doctorcito y después de reflexionar sobre lo que me di cuenta que sabía, creo que esa vaina de la brujería en la que yo mismo he creído que soy *facurto*, como que es puras ilusiones... Pero

como yo conozco muchas culebras y conozco la guayacán y la rabo amarillo, que es la hembra del guayacán, y el doctorcito me dijo que las picaduras de esos bichos, eso no se curaba con oraciones sino con sueros... Pero, entonces, qué fue la que yo logré cuando era joven, ya que fueron muchos los picaos de culebra que curé. No le quise revelar al doctorcito la oración de la curación de las picadas de culebra, porque Domingo Parra, el que me la enseñó, me dijo que no se la comunicara a ninguna otra persona sino hasta que me fuera a morir... Y yo no quiero morirme todavía... Y el doctorcito me dijo que si me operaba de la próstata, yo podía vivir tanto o más años que Acisclo, que estuvo mucho tiempo con esa hedentina en la pata, y el muy *percusio* se sacaba la pudrición encallosada de la plante del pie derecho él mismo con una navaja afilada y se echaba tacamaca en la llaga y se la cubría cuidadosamente con unos trapos lavados'... Cuando vendieron en las farmacias por vez primera la penicilina, que valía un cojón y parte del otro, un hijo de él que trabajaba en las compañías petroleras, se la consiguió y se la pusieron... Y con eso se le acabó la hedentina; pero quedó con un hueco relleno de una masa blanca y blanda que le llegaba hasta los huesos del pie. Así se sacaba esa 'materia' con toda parsimonia dos veces al mes, hasta que, ¡coño, ya era tiempo!, se cansó, y el doctorcito le dijo que se cortara la pata hasta debajo de la rodilla, y que acabara con ese padecimiento. Dizque antes de cortarle la pierna le hicieron un electrocardiograma y le encontraron el corazón mejor que un chompín... Y, Gaudioso Pirela termina su monólogo así, 'El doctorcito me dijo que no tuviera miedo y que me sacara esa pelota que me producía la trancadera de la orina. Pero, yo le tengo miedo a la operación. Más miedo que el día que tiré por mampuesto a Jesús Ángel Villasmil... Y aquí voy, aquí, como un huevón, en esta canoa de paqui-paqui de regreso para Congo Mirador'.

Darío Novoa Montero

Tlf. Oficina: 2403229 / 2636950 Habitación: 2713792

Celular: 04164717810

E-mail: dmontero98@hotmail.com / labmice@ula.ve